

BIBLIOGRAFIA

Se reseñarán en esta sección los libros que la Redacción estime conveniente, previo envío de dos ejemplares. Exceptuadas las obras muy costosas, el envío de un ejemplar dará únicamente derecho al anuncio en la sección de libros recibidos.

I. - ESTUDIOS.

MICHAEL GRANT, *Roman Literature*. Cambridge University Press, 1954. VIII-296 pp. 12'5 x 18 cm. Encuadernado en cartóné, 15 chelines.

Es este manual de Literatura Latina un precioso ejemplo de libro escolar, que no es lo mismo, aunque con cierta frecuencia así suceda, que libro superficial. El autor, profesor de Humanidades en la Universidad de Edimburgo, ha sabido resumir en 296 páginas el amplio panorama de la Literatura Latina, sin caer en la facilonería y vulgaridad. Dividida la obra en dos partes, Obras en Prosa y Obras en Verso, estudia a cada autor encuadrándolo cronológicamente en el correspondiente género literario. Un epílogo, a nuestro parecer demasiado breve, trata de la supervivencia de la Literatura Romana.

No es un libro de investigación ni de crítica, sino de exposición del desarrollo de cada género literario y del mérito y significación de los autores, con profundidad de enfoque y teniendo a la vista los resultados de los más recientes estudios. Puede considerársele, pues, como un excelente Vademecum de la Literatura Latina para uso de los estudiantes universitarios y para cuantos, sin dedicarse preferentemente a estos estudios, sienten curiosidad o necesidad de una información autorizada sobre ella. A este fin tiende, sin duda, el hecho de que las citas de los autores latinos no sean dadas en su original latino, sino en su traducción inglesa. Comprendemos las razones del autor, pero nosotros hubiéramos preferido el original latino, que hay que suponer inteligible para cuantos, sin ser especialistas, se interesan por la cultura descrita en el libro. También nos hubiera gustado que las citas de autores modernos se documentaran al pie de página con la ficha completa: el solo nombre no basta para verificar y eventualmente ampliar la referencia.

Son muy oportunos los apéndicas e índices finales, así como el mapa del Imperio Romano y el Cuadro Sinóptico de los principales escritores latinos en las guardas, dada la índole y finalidad del libro.

MANUEL DIAZ LEDO, S. D. B,

SAN AGUSTIN. *La ciudad de Dios*. Libros I y II. Traducción de *Lorenzo Riber*. Texto revisado por *Juan Bastardas*. Vol. I de la *Colección Hispánica de Autores Griegos y Latinos*, dirigida por *Mariano Bassols de Climent*, Catedrático de la Universidad de Barcelona. Ediciones Alma Mater, S. A. Barcelona, MCMLIII.

Nuevo ejemplo de la proverbial laboriosidad catalana nos da esta *Colección Hispánica de Autores Griegos y Latinos*, que emprenden los profesores de la Universidad de Barcelona. De ella se habla ya en este número, y por eso nos limitaremos a presentar a nuestros lectores el primer volumen, que ya se coge con mimo por su pulcra presentación, y se hojea con deleite por la calidad del papel y el tipo de letra. El texto es bilingüe: en una página el original, y en la otra la traducción.

Comienza el libro con una «Introducción» del mismo L. Riber, quien nos quiere presentar al mundo antiguo en los umbrales de la Ciudad de Dios. Decimos «nos quiere presentar», porque en realidad sólo se ciñe a decirnos que el saco de Roma por Alarico provocó un cisma religioso entre paganismo y cristianismo, lo cual motivó este libro de S. Agustín. Esto no más; pero dicho elegantísimamente, con esa prosa barroca, recargada de neologismos, metáforas brillantes, vocablos arcaicos de buen cuño, alusiones a la Biblia y a los clásicos (con lugar preferente para el blando Virgilio), a que nos tiene acostumbrados el estilo atildado, rico y preciosista de Riber. Como discurso oratorio, impecable: muy a propósito para un número de homenaje de fiestas aniversarias. Pero no nos satisface como prólogo de esta edición, que juzgamos más ambiciosa de lo que eso supone, y dirigida a un público que ya está de vuelta, y no busca literatura. Tanto el especialista como el lector culto hubieran preferido un estudio, expuesto en lenguaje corriente y claro, de aquellos aspectos ya del siglo, ya de la mentalidad de S. Agustín referentes al libro en cuestión: sus ideas políticas y sociales, su concepto de la historia, su evolución literaria, características gramaticales de su estilo, fuentes por él utilizadas en la composición del libro, un panorama político del mundo en el 400, un bosquejo de lo que se nos iba y nos quedaba en aquella almoneda de la cultura antigua, etc., etc.

Nos cuenta después el Profesor Bastardas la historia del texto. Asusta en verdad lo espinoso y difícil del trabajo que supone la revisión de los variados códices (18) y ediciones (12). Se ha seguido el texto de Dombart-Kalb (esto es: la 4.^a edición de Dombart revisada por Alfonso Kalb. Leipzig, Teubner, 1928 y 1929, en dos tomos), con pocas modificaciones. Sigue una amplia bibliografía y la cita de los códices y ediciones.

La traducción de Riber, abundosa en galas literarias, casa muy bien con el estilo agustiniano, barroco, y con el contenido del libro, rico en apóstrofes y descripciones. Llevados por el deleite de su lectura, apenas si hemos comparado con el original. Cuando lo hemos hecho, hemos visto la escrupulosidad del traductor. El mismo alambique que le sirve a Riber para destilar el vocablo exquisito, recóndito en la masa del diccionario, lo usa también para captar los matices y fuerza expresiva del término latino. No parece que sobra nada en la rica fronda

literaria de este relato: todo en él es agustiniano. Esto nos demuestra el halago que debió de ofrecer al oído de aquellos últimos romanos el barroquismo y cadencia de esta obra agustiniana, popular y culta, que venía a recoger, como opina el vulgo de la caracola de mar, el rumor ininterrumpido del océano (de la poesía y elocuencia clásicas) de donde emergió. Tomamos un botón de muestra al azar: *Itane pluris tibi habenda uisa est existimatio curiae uestrae quam Capitolii... ut linguam maledicam in clues tuos exercere poetae etiam lege prohiberentur, et in deos tuos securi tanta conuicia... iacularentur?* «¿Así que te pareció que debía hacerse más caudal y estima de vuestro Senado que del Capitolio... prohibiendo con una ley drástica que los poetas ejercitasen su lengua maldiciente contra tus ciudadanos, y que a guisa de dardo enherbolado la disparasen impunemente contra tus dioses...?» (pág. 84). Obsérvese aquí lo bien que están captados todos los matices del texto y del contexto.

a) *pluris* = *más caudal*.

b) *lege* = *ley drástica*. Esto es: a raja tabla, concepto que no está en el original, pero que se deduce del contexto, pues se alude a la pena capital establecida contra los poetas — en la «prisca Roma» — que ultrajaran el buen nombre de un ciudadano romano.

c) *securi* = *impunemente*. Nos gusta más la exactitud del adverbio español, pues el contexto pide que *securi* sea *sin castigo* de los poetas, o mejor, *con burla del castigo* que olvidó poner el legislador.

d) *tanta conuicia* = *a guisa de dardo enherbolado*. Esto es: untado con zumo de hierba ponzoñosa. Estupenda metáfora, destilada del concepto genérico de *conuicia* (= *reproche, irrisión*). Lo que pueda perder por el circunloquio — el término *conuicia* no es en fin de cuentas muy expresivo — lo gana con creces por la viveza de la metáfora, aplicada plenamente bien a la lengua maldiciente, metáfora agustiniana a su vez; según se lee en la lección VI de los Maitines del Viernes Santo: *Unde occidistis? Gladio linguae*.

No se nos diga que esto son minucias. Muy al contrario, creemos que esto y sólo esto es traducir. De ahí su dificultad, y de ahí la facilidad de que el «traductor» se convierta en «traidor», según el conocido dicho italiano.

Alguna vez nos chocan los neologismos innecesarios, como traducir *tragicum actorem* por *tragediante* (pág. 82) cuando, para ese sentido, tenemos el vocablo *trágico*; decir *el más raez de los faranduleros* (pág. 73) en vez de *el más raído*; algún reparo también le pondríamos al verbo *silenciar* como neologismo innecesario (pág. 19). Otras veces, muy pocas, nos parece que quedan malparadas la claridad y la sintaxis: concretamente aludimos al primer punto de la traducción. Juzgue el lector: *En este comedio, Roma fué destruída por... Alarico; cuya destrucción los adoradores de los innumerables dioses falsos que con el nombre generalizado de paganos, en su conato de imputarla a la religión cristiana, comenzaron a blasfemar de Dios...* (pág. 2). Esta traducción es tan literal que no corre: ese *cuya destrucción* y ese *imputarla*, resultan hierentes por estar sintácticamente mal. Tampoco nos gusta, en el título de esa página, ver traducido *retractatio* por *retractación*, como si en sus libros «retractationum», el Santo «se retractara» de lo dicho anteriormente.

Como se ve, los reparos que ponemos a la traducción de Riber son peque-

ños; en cambio sus excelencias son numerosas. En la traducción de Riber, este libro, lo mismo que el de las *Confesiones*, se leen, creemos, con el mismo deleite con el que los contemporáneos de S. Agustín debieron de leer el texto original. Tan cuidados nos parecen.

EDUARDO GANCEDO.

MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO, *Bibliografía hispano-latina clásica*. Edición preparada por Enrique Sánchez Reyes, Santander, Aldus, S. A., 1950-53. 10 vols. Edición Nacional de las Obras completas de Menéndez Pelayo, dirigida por Angel González Palencia (†), C. S. I. C.

Se honra este número de nuestra Revista con la presentación entre sus reseñas de las dos obras humanístico-clásicas del sabio historiador literario Menéndez Pelayo.

La Bibliografía hispano-latina clásica abarca en sus 10 vastos volúmenes con amplitud y a la vez con detalle de bibliófilo los autores latinos que van ordenados por serie alfabética desde *Accio* hasta *Vitrubio*.

En cada uno de los escritores antiguos expone el autor los códices que existen o han existido en España, las ediciones publicadas en España o por españoles; comentarios, trabajos críticos, estudios o monografías publicadas por latinistas nacionales sobre algún clásico; traducciones totales o parciales en lenguas peninsulares; influencia, reflejo o reminiscencias del escritor clásico sobre nuestra literatura.

Y no es que se reduzca a una mera enumeración; hace a veces pequeña historia del comentario, trabajo monográfico o edición; señala sus méritos, da detalles interesantes al investigador, humanista o erudito, ilustrados no pocas con selectas perícopas del modelo, del imitador o del comentarista, para poner a la vista del lector los puntos de contacto y la dependencia más o menos estrecha entre uno y otros. Da referencias extensas y hace minuciosas descripciones de las obras latinas y de las ediciones más valiosas o raras.

En el tomo I a Apuleyo y a Boecio, *el último de los Romanos*, dedica mayor atención y más copioso material, por su importancia en la novela picaresca y de otros géneros el primero, y por la influencia en la educación literaria en la Edad Media el segundo.

El volumen II va de Catulo a Cicerón (parte); pero éste, César y el poeta neotérico absorben casi todas sus páginas. Entre los comentarios de César da merecida extensión a las traducciones de D. José Goya y Muniain, en las ediciones publicadas de 1798 a 1882, con frecuentes fragmentos de las más notables.

El volumen III comprende desde Cicerón hasta la Historia Augusta, escasamente representada ésta por tres fichas. Cicerón, denso de códices, traducciones, etc. Sobre las cartas y discursos no podían faltar con extensión las traducciones de Pedro Simón Abril en todas sus ediciones. Cierra la sección dedicada al gran orador con el *Prólogo* a las obras completas de M. Tulio Cicerón, publicado al

frente de las traducciones de varias obras del mismo, que hizo Menéndez y Pelayo para la Biblioteca Clásica (vol. XIV).

Los volúmenes IV, V, VI contienen todo el material relativo a Horacio: Códices, ediciones, comentarios, traductores, traducciones, hispano-americanas, catalanas, portuguesas; imitaciones ocasionales, imitadores hispano-americanos, reminiscencias. miscelánea, en el primero de los tres.

La segunda parte es la Antología Horaciana, o sea, Odas de Q. Horacio Flaco, traducidas e imitadas por ingenios españoles y coleccionados por el Sr. Menéndez Pelayo. Es el volumen V.

La tercera parte del Horacio, o sea, el volumen VI, es el *Horacio en España*, que consiste en un comentario a todas las papeletas bibliográficas anteriores.

El VII incluye los autores que van alfabéticamente de Hostio a Plauto, siendo los más importantes en extensión Lucrecio, Ovidio y Plauto.

Entran en el VIII los escritores desde Quintiliano a Virgilio. Aquél y Séneca el Filósofo, tratados a fondo y con predilección, aunque Virgilio con más detención en las buenas traducciones de la Eneida.

El IX está consagrado todo al material referente a las Eglogas y Geórgicas de Virgilio.

El volumen X no recoge fichas de autores latinos; es una colección miscelánea de estudios bibliográficos complementarios de la inmensa Bibliografía Hispano latina, y comprende con otra clasificación que la de autores latinos, Crestomatías, Diccionarios, Gramáticas, Literatura latina, Epigrafía Romana, Derecho Romano y Varia; fichas éstas incompletas por estar solamente iniciado el trabajo.

Se cierra toda la obra con unas *Notas para una Bibliografía greco-hispana*, entre las que son más interesantes unas notas marginales que figuran en el libro de Apráiz, *Apuntes para una historia de los estudios helénicos en España*.

Muchas noticias resultan evidentemente curiosidades bibliográficas, y como advierte el colector en su Advertencia al frente de la obra, son incompletas y faltas de actualidad y de forma moderna, pero no pierden por ello utilidad, y revelan la aportación de la Ciencia española a las Letras Latinas y Humanísticas, siempre tenidas en estima entre las Ciencias humanas del espíritu.

Siguen por fin los *Indices onomásticos* y de *materias*, de gran utilidad para quien maneja esta voluminosa colección.

MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO, *Biblioteca de Traductores Españoles*. Edición preparada por Enrique Sánchez Reyes del C. S. I. C., Santander, Aldus S. A., Edición Nacional de las Obras completas de Menéndez Pelayo dirigida por Rafael de Balbín Lucas, Consejero de Investigaciones Científicas. 4 vols.

Con los vuelos que la Bibliografía Hispano-latina clásica iba tomando en manos de su autor, no hubiera sido necesaria la publicación de esta Biblioteca de Traductores; pero habiendo dejada inacabada la primera de las mencionadas

obras, los datos que la segunda aporta son en gran parte inéditos y de mucha utilidad literaria.

No se limita empero esta Biblioteca a las versiones o traductores del latín y griego a castellano; el tema es más anchuroso para dar cabida en él tanto a los que trasladaron a nuestra lengua libros del hebreo, como los que lo hicieron poniendo en nuestra habla las obras más bellas de lenguas modernas.

El volumen I contiene en orden alfabético, como los demás, desde Abenabar-Cortés a Cortés Manuel.

El II volumen va de Domenech Pedro Cayetano a Llodrá Antonio, ocupando más extensión e importancia Tomás Iriarte y Jáuregui.

El volumen III comprende desde el fino estilista de la lengua Fray Pedro Malón de Chaide a Conde Noroña.

El volumen IV abarca notables traductores, como Oliver Fr. Antonio a Juan Luis Vives, entre cuyos extremos figuran el gran Quevedo y D. José María Cuadrado. Termina este volumen con *Indices generales onomásticos* y de materias, muy prvechosos por lo completos que son.

Los editores de estas obras han prestado efectivamente un gran servicio a la erudición y a las Humanidades Clásicas poniéndolas de manera tan asequible en manos de los estudiosos. Por nuestra parte la Revista HELMÁNTICA se complace en hacer constar aquí su sincero agradecimiento al Sr. Vicesecretario del C.S.I.C., por su amable y digna atención en obsequiarnos con tan valiosas obras del gran sabio español.

J. CAMPOS, SCH. P.

II.—EDICIONES Y TRADUCCIONES

EURIPIDE. *Le Troiane*, con intruduzione e commento di Giuseppe Schiassi. «Biblioteca de Classici Greci e Latini» diretta de Alessandro Ronconi. Vallecchi Editore, Firenze 1953, pp. 227.

Es una edición y comentario de las Troyanas de Eurípides, con una amplia introducción y abundantísimas notas. Se propone el autor en la introducción reconstruir el mito troyano que dió pie a la trilogía —Alejandro, Palamedes, Troyanas— de Eurípides, y brevemente perfila la semblanza de los principales personajes: Paris, Casandra, Polixena, Andrómaca y Astianacte, Helena, Hécuba. Luego, ateniéndose a los estudios más importantes publicados sobre el tema, presenta una reconstrucción analítica de las tres tragedias. Por fin da una síntesis concentrada de los valores poéticos. En medio de la contienda librada entre los autores acerca de la intención política del poeta, acentúa el autor el fuerte sentido de la actualidad de la pieza y adopta una postura bien determinada: en vísperas de la Expedición a Sicilia de los Atenienses (415 a. C.), momento trascendental en la Guerra del Peloponeso, presenta el poeta el cuadro de las des-

venturas troyanas, condena toda guerra agresiva, y esto no por falta de patriotismo, sino elevándose a una altura transcendental desde la cual se compadece del dolor de la humanidad. Al revés de lo que sucede en Sófocles, la antinomia entre lo divino y lo humano, de efectos insoslayables y desesperantes para los seres humanos, es la principal fuente de la fuerza patética de Eurípides. Pero en medio de la turbación y agitación del *páthos* trágico con su desahogo inmediato del sentimiento, con su realismo de expresión a que acompaña la misma actitud corpórea, el gesto y la representación, resuena con frecuencia la voz de la reflexión y de la conciencia intelectual, y la elegancia oratoria de la expresión y la armonía de los trímetros templan los efectos.

Resumiendo: sobre la base de una bibliografía bastante abundante, pero con libre personalidad, el autor ha sabido brevísimamente orientar acerca del argumento y los valores éticos y estéticos de las Troyanas.

Al texto griego, precedido de breves resúmenes, acompaña al pie, ocupando aproximadamente tres cuartas partes de las páginas, muchísimas notas que facilitan su inteligencia literal, histórica, mítica y estilística, por las que esta edición resultará muy práctica para las clases.

En general el autor acepta el texto y la interpretación de la edición de Oxford de Murray, pero añade una nota crítica que razona los pasajes en que se aparta de él.

También añade una nota bibliográfica, un índice de cosas más notables y su índice de palabras.

S. R. BRASA, S. J.

III.—TEXTOS ESCOLARES.

DR. OTTO SEEL. *M. Tullius Cicero Orator*. Textbearbeitung, Einleitung, kritischer Apparat, erklärendes Verzeichnis der Eigennamen und terminologische Übersicht. F. H. Kerle Verlag, Heidelberg, 1952, pp. 156. índices incluidos.

La edición del libro que presentamos está en adecuada consonancia con la calidad de la obra ciceroniana que contiene en sus bellas páginas. «A tal podador tal sarmentador», habría que aplicar a este caso. El ajuste, exactitud y limpieza de impresión y de tipos halagan al buen gusto y convidan a hojearlo y examinarlo hasta el detalle. La esmerada diferenciación de números marginales para los capítulos, párrafos y líneas, su indicación en el margen superior a cada folio, lo fino de la tipografía del aparato crítico en el margen inferior, ponen de resalto visiblemente los valores extrínsecos de la edición de Heidelberg.

El valor intrínseco del Orator de Cicerón no hay por qué proclamarlo una vez más por sobradamente conocido de los que tengan alguna familiaridad con las retóricas del Arpinate. Su conocimiento para la teoría del estilo y del número oratorio latinos es imprescindible, y de ahí que no debería estar ausente este sustantivo libro ciceroniano del canon de textos de la enseñanza, siquiera de la

Superior, como opina sensatamente el Dr. Otto Seel en el primer tema de su Introducción, *Wesen und Wert der Redekunst*.

En el 2. *Fremdes und Eigenes in Ciceros Orator*, sitúa a Cicerón en el puesto que en justicia le pertenece en cuanto a la originalidad de la doctrina retórica que expone, no siendo ni un creador o primera fuente de teoría literaria o filosófica, ni tampoco un vulgar y mecánico imitador de los antecesores griegos; es un adaptador de las ideas y terminología griegas a la lengua y mentalidad latinas. Transmite a los posteriores, resumiendo y exponiendo a maravilla la retórica antigua.

En otro apartado fija el editor el concepto de *Humanitas* y estudia con los caracteres propuestos cómo lo ha entendido e infundido Cicerón en el Orator.

En los temas sucesivos de la Introducción considera con tino y penetración de filósofo sin salirse de una ponderada extensión la etiología extrínseca de la obra, los fundamentos sistemáticos de la Retórica de Cicerón, límites de la técnica retoricista, la articulación y criterios ideológicos que imprime al Orator, la forma artística que le ha dado su autor, que en el Orator es la ficción del diálogo (con M. D. Bruro).

El estudio de la transmisión textual sin ser desmesurada es suficiente y clara, mediante el stemma de las clases de codd., para la comprensión del aparato crítico completo que acompaña al texto.

Le sigue el indispensable elenco de bibliografía literaria selecta, tanto de conjunto como sobre aspectos especiales o adyacentes al argumento del Orator.

Tras el texto siguen unos magníficos y valiosos índices completos sin ser difusos: uno explicativo de nombres propios, pp. 119-146; otro, un cuadro-resumen de Terminología de la obra ciceroniana con sus equivalencias griegas y alemanas, y por último el Índice general.

Tan digna y meritoria publicación del Dr. Ott. Seel y tan pulcra presentación de la Editorial Kerle son acreedoras a los más cumplidos y sinceros elogios, y aseguramos que con ésta y las demás que tiene editadas la *serie latina de textos Heidelberg* ganan en calidad y profundidad las Letras Latinas.

J. CAMPOS, SCH. P.

ROSSET, CHARLES. *Facta dictaque memorabilia*. Serie B. Les éditions de l'Ecole. 11, Rue de Sèvres, París.

G. THEVENOT. *Textes gradués pour la version latine*, de la misma Editorial que el anterior.

Son dos antologías de latín escolar. La primera pertenece a la colección reseñada en HELMANTICA año 1951, pág. 367. Reúne unas cuantas narraciones interesantes de asuntos clásicos redactadas en latín sencillo. El autor ha escogido entre las más amenas, como *El león de Androcles*. *Damón y Fintias*. *La espada de Dámocles*. Va dedicada a los principiantes.

La segunda antología recoge el texto original de los autores clásicos, para

alumnos del último curso. Consta de 60 trozos, seguidos cada uno de una breve explicación histórica y gramatical para la inteligencia del texto. Más que lo ameno de la narración, el autor ha preferido, en los trozos, la abundancia de usos sintácticos variados. Acaba con un índice gramatical de los usos aparecidos en el texto. La presentación tipográfica es muy clara.

E. GANCEDO.

IV.—VARIA.

AMERIO FRANCO, Profesor del Pontificio Ateneo Salesiano de Turín, *Historia de la Filosofía*, traducción del italiano y ampliaciones a cargo del Seminario Salesiano de Madrid.—Sociedad Editora Ibérica, Madrid, 1954. 558 pág.

Esta Historia de la Filosofía es una verdadera novedad, debido a las múltiples cualidades pedagógicas que la adornan. Es un alto exponente del valor efectivo del Instituto Salesiano de Turín, que acreditan al autor como digno hijo del gran pedagogo, el simpático San Juan Bosco.

Sin pararse demasiado en los filósofos de segundo orden, ni en las noticias biográficas, expone con claridad diáfana los sistemas claves en la evolución del acervo filosófico. Los análisis y síntesis de las doctrinas filosóficas son certeros y exactos.

El criterio cristiano y formativo se trasparenta en todas las páginas, lo mismo al exponer el influjo del cristianismo en la Filosofía como al enjuiciar diversos autores distanciados de la Iglesia Católica.

Las ampliaciones bibliográficas que se ponen al final de cada capítulo aumentan considerablemente el valor de esta obra. Los elencos están redactados de modo muy razonable, muy bien hecha la selección de obras básicas y en todo muy al día.

Los traductores españoles han completado hermosamente las lagunas referentes a un mayor conocimiento de la aportación hispana a la filosofía. El lector ve con placer en sus páginas la parte correspondiente a nuestra patria: Luis Vives, Suárez, Ortega, Unamuno, la filosofía española del XIX, etc. Unos esquemas de los sistemas filosóficos insertados al final de la obra, y unas notas marginales intercaladas en el curso de la misma aumentan el valor pedagógico de este manual.

Debido a estas buenas cualidades y por este excepcional valor formativo no es extraño que se haya adoptado de texto en diferentes naciones.

Con razón ha de ser tenido por uno de los mejores manuales de historia de la filosofía.

VICENTE MUÑOZ, MERCEDARIO.

KOHLER, EUGENE. *Poema de Mio Cid. Le poème de Mon Cid*. Texte critique établi par *Don Ramón Menéndez Pidal*. Traduction française et préface de *Eugène Kohler*, Professeur à la Faculté des Lettres de Strasbourg. Paris, Librairie C. Klincksieck, 1955. Págs. 116. (Colección: Témoins de l'Espagne.—Textes bilingües).

Con el título general *Témoins de l'Espagne*, la Casa Editora C. Klincksieck de París, anuncia la publicación de una serie de textos bilingües (español-francés) de las principales obras de la literatura española, dirigidos al estudiante universitario y al público culto en general. Comienza la colección con esta edición y traducción del *Poema de Mio Cid*. En una página presenta el texto de Menéndez Pidal, y en la otra su traducción francesa. Precede un prólogo del mismo traductor, donde, siguiendo la opinión de Gastón Paris, defiende el origen francés de la epopeya española, en contra del origen germánico, defendido por Menéndez Pidal. Como muy acertadamente dice Valbuena Prat, las tres teorías (origen germánico, francés y árabe), respecto de la epopeya española, no son incompatibles, sino que se completan y apoyan: pudo haber un origen gótico que explicase la génesis de nuestra epopeya; a la vez un influjo directo de detalles y nombres árabes; y también un desarrollo netamente castellano, que, al llegar a los comienzos del siglo XII, recogiera, en métrica y aun en asuntos, elementos abundantes de las «chansons de geste» francesas.

La traducción se sigue muy bien, porque presenta cada renglón francés frente al español, con el mismo texto en ambas páginas. Tiene algunas aclaraciones históricas. La presentación tipográfica es muy clara.

E. GANCEDO.

Nihil obstat:

DR. LAURENTIUS TURRADO, Canon.

In Pontif. Univ. Salm. Magister.

Imprimatur:

† FR. FRANCISCUS BARBADO, O. P.

Episcopus Salmantinus.

BIBLIOGRAFIA

Se reseñarán en esta sección los libros que la Redacción estime conveniente previo envío de dos ejemplares. Exceptuadas las obras muy costosas, el envío de un ejemplar dará únicamente derecho al anuncio en la sección de libros recibidos.

I.—ESTUDIOS

EVENHUIS, J. B., *De Vergilii Ecloga sexta Commentatio*. Thesis Universitatis Groninganae. Edita Hagae Comitum, apud «Excelsior», MCMLV. 66 pp. (16 x 24 cm.).

Sabido es que Skutsch interpretó la égloga sexta de Virgilio, lo mismo que la décima, como un homenaje del Mantuano a su infortunado amigo Cornelio Galo, viendo en los cantos de Sileno una enumeración velada de sus obras poéticas, y concretamente en los versos 74-77 una alusión clara al poema CIRIS, que, según él, es anterior a la égloga sexta y obra de Galo. El máximo opositor de la tesis de Skutsch fué en su tiempo F. Leo. El Autor con este trabajo, que es su tesis doctoral, tercia en la disputa con acertado método científico y agudeza de ingenio, para al final sostener que la égloga debe interpretarse por sí misma y no por criterios externos.

Compartimos plenamente los puntos de vista del Autor: hemos juzgado siempre que CIRIS es posterior a las Bucólicas y obra no virgiliana, y la fijación del autor y la fecha de su composición nos parece insoluble, mientras no contemos con más elementos de juicio que los actuales.

Y si alguna observación hubiéramos de hacer al Autor, sería ésta: advertimos con cierta extrañeza en su estudio la ausencia de nombres como Rostagni y Paratore, entre otros, que ciertamente han contribuido a esclarecer los problemas que se acumulan sobre las relaciones entre Virgilio, la Appendix Virgiliana y Cornelio Galo.

MANUEL DIAZ LEDO, S. D. B.

HYART, CHARLET, *Les origines du style indirecte latin et son emploi jusqu'à l'époque de César*. Bruxelles, Palais des Académies, 1954. 224 páginas en 8.º

Carecíamos de una obra de conjunto sobre el estilo indirecto latino. El Autor ha llenado esta laguna hasta la época de César.

La distinción de los términos, que cuidadosamente establece en el capítulo preliminar (5-26), le permite eliminar de su trabajo el tan asendereado «estilo indirecto libre», estudiado por Lips en el francés, y por Juret y Bayet, principalmente en el latín, y que él coloca en lo que llama «expression directe» en general.

En la primera parte (27-88) expone detalladamente los diferentes elementos del estilo indirecto, que probablemente no se remonta al indo-europeo. No pretende el A. descubrir nada que no se halle ya fundamentalmente en la amplia bibliografía que maneja, pero tiene el mérito de estudiar certera y agudamente el camino seguido por el infinitivo y subjuntivo latinos desde la prehistoria literaria hasta llegar a ser aptos para expresar el pensamiento de una tercera persona, conquistando así un lugar destacado en la lengua latina. Este camino el A. lo rastrea a través de los datos no siempre precisos de la Gramática comparada y en Plauto principalmente.

En la segunda parte (89-299) estudia el empleo del estilo indirecto en los autores latinos, desde Plauto, tan cercano en su lenguaje al habla popular, hasta César, que representa el triunfo del estilo indirecto en el lenguaje literario, hasta el punto de constituir, en la forma compleja y rígida utilizada por este último, un hecho esencialmente latino. Muy digno de mención es el capítulo dedicado a estudiar el campo particular del estilo indirecto: la lengua jurídica y la lengua de la Historia.

El estilo indirecto, con todo, no pudo, ni lo pretendió, matar al estilo directo, que conservó siempre su valor y expresividad propias: alternó con el estilo indirecto, aunque en segundo plano, en César, y en la reacción estilística de Salustio intentó pasar al primer plano.

Un libro, en fin, científicamente bien trabajado y, como puede verse, utilísimo y hasta necesario para el completo esclarecimiento de un importante y característico capítulo de la Gramática Latina, que traerá consigo una mayor penetración en el estilo y pensamiento de los escritores latinos.

MANUEL DIAZ LEDO, S. D. B.

MICHEL RAMBAUD, *Cicéron et l'histoire romaine*. Collection d'études latines. Série Scientifique, XXVIII. Société d'édition «Les Belles Lettres», Paris, 1953; pp. 148; cm. 25 x 16'5.

El autor va presentando sucesivamente un estudio completo de la vocación histórica de Cicerón y el arte de la oratoria; el uso que hace Cicerón en toda su obra de los ejemplos de la historia romana; el método crítico que sigue y su racionalismo frente a las leyendas y a la mitología; el sentimiento de la evolución

y la continuidad de las generaciones según la mente de Cicerón; y, por fin, la personalidad de Cicerón y su influencia en el género histórico.

Cicerón sentía vocación de historiador: no llega a escribir la historia del pueblo romano, pero con sus normas y su método dejó el camino abierto a la gran síntesis de Tito Livio, e iniciada la monografía histórica que luego completó Salustio.

Hasta Cicerón no existió la historia romana propiamente dicha, sino únicamente crónicas escritas sin criterio ni arte. El fijó las normas de la historiología romana en su tratado *De Oratore* (cfr. por ejemplo 2, 15, 62) y bosquejó un gran plan de la historia en sus obras *Brutus*, *De Legibus*, *De Republica*. Poseía las cualidades necesarias para componer la historia de Roma, pero no la escribió. Sin embargo, la voz de su conciencia le inclinaba a emprender esta labor. Desde la composición del *De Oratore* al *De Legibus*, se nota esta intimación. Sus amigos y la opinión general de los cultos, le incitaban a ello (Cfr. *De Leg.* 1, 2, 6; *Planc.* 24, 58; *Fin.* 1, 10, 36; *Phil.* 4, 4, 3; *Att.* 14, 14, 5, etc.). Cornelio Nepote en un fragmento citado por Peter, vol. II, p. 40, se lamenta de que Cicerón no haya escrito la historia de Roma, porque él era el único que podía y debía haberlo hecho. De igual manera piensa Plutarco, *Cic.* 41, 1.

¿Por qué no la escribió? En *De Legibus* (1, 3, 8-9) alega Cicerón la falta de tiempo. No es del todo convincente esta razón. La culpa fué de la filosofía que le absorbió por completo los últimos años de su vida, y la falta de tranquilidad de su patria y de su propia persona en los años en que hubiera podido hacerlo. Opina Nepote en el fragmento citado y cree Rambaud (p. 121 y 134) que si Cicerón hubiera sobrevivido la crisis suscitada por Antonio y Octavio, en la que la vida del gran escritor fué segada violentamente cuando se encontraba en sus mejores formas, Cicerón hubiera dedicado los últimos años de su vida tranquila a la composición de la historia romana.

Rambaud penetra con sutileza en todos los aspectos de su estudio y rebate con gallardía las dificultades que encuentra a su paso, que no son pocas por cierto. Ya en las páginas 13-16 se encuentra con una cuestión espinosa. ¿Cómo explicar el que Cicerón en *De Oratore*, 2, 15, 62, etc., ponga como fundamento de la historia la veracidad, si luego en *Fam.* 5, 12 y en *Brutus*, 42, parece recomendar la mentira y la exageración? El autor, basándose en los estudios de Boyancé, de Laurand, de Paladini, de Henze, lo explica satisfactoriamente. Cicerón en *Fam.* 5, 12 no pide la composición de una monografía histórica, si no un elogio de los que solían abundar en torno de otras personas que habían desempeñado cargos públicos. El pasaje del *Brut.* 42 es una broma en medio del diálogo amistoso.

Las exageraciones y deformaciones históricas que encuentra Zingler (*De Cicerone historico*, p. 7-9) en los discursos de Cicerón, se explican fácilmente por la condición de la oratoria. El orador en lo político y en lo criminal, fácilmente acomoda los hechos a los efectos que él quiere conseguir en cada momento (p. 46-50).

Nos satisface plenamente el estudio de la cronología del *De Republica* que hace Rambaud en las pp. 58-63. Cicerón es más independiente de lo que ordina-

riamente se cree en el uso de las fuentes que pueda utilizar. El autor sigue en este párrafo los pasos de P. Boyancé (en *Les méthodes de l'histoire littéraire, Cicéron et son oeuvre philosophique*, R. E. L. XIV, 1936, p. 288-309) y es un dato más en el haber positivo de Marco Tulio. Cicerón no depende para nada de Cornelio Nepote. Por cuenta propia ha examinado las fuentes y ha llegado a la misma conclusión que Polibio, utilizando sin duda los mismos documentos de primera mano que había consultado el historiador griego.

Cicerón resulta a la luz de este libro un crítico excelente de la historia. Sabe distinguir con perfección lo histórico de lo poético y legendario; pesa la autoridad de los historiadores: Heródoto, por ejemplo, para él no merece más fe histórica que el propio Ennio (*Div.* 2, 57, 115); elige siempre las fuentes más seguras en cada caso; se fía de Catón; no cree a Fannio; no se contenta nunca con un solo documento, aduce diversos testimonios. Cuando encuentra tradiciones diversas, trata de explicarlas o a lo menos de simplificarlas lo más posible en su narración. Cuando los historiadores no le satisfacen, se confía a los filósofos y examina por propia cuenta los hechos. Tal acontece en el examen de la posición geográfica de la ciudad de Roma. Cuando las narraciones de los hechos son contradictorios en los historiadores, Cicerón ni las recoge siquiera.

Magnífico nos parece el estudio que Rambaud hace del racionalismo histórico ciceroniano (p. 79-87). A él responden los dos libros *De Divinatione* y el *De Fato*.

Contra Carcopino, que ha reprochado a Cicerón una miopía vecina a la ceguera (*Les secrets de la corr. de Cicéron*, I, p. 386), prueba Rambaud que Cicerón tenía un sentido magnífico de la evolución de los hechos históricos (p. 88-90).

Vuelve sobre la independencia literaria de Cicerón, a pesar de reconocer la influencia que sobre él ejercen los filósofos griegos (p. 90-96).

Pero Cicerón ahoga su vocación y no cultiva sus grandes cualidades históricas. Hay una etapa de su vida en que duda entre el historiador y el filósofo, cuando escribe el *De Oratore* y el *De Legibus*. Luego se inclina decididamente a la filosofía. Esta doble vocación histórica y filosófica de M. Tulio, explica, según las normas de la psicología moderna, más de una contradicción de su filosofía y más de una duda en su política (p. 117).

Bello es, por fin, el último párrafo dedicado a la influencia de Cicerón en la historia (p. 121-134). Demuestra el autor, cómo Cicerón, teniendo mucho más sentido histórico que Tito Livio, influye en la composición de su historia; y cómo Salustio, contra la opinión vulgarizada, depende de Cicerón en la concepción dramática de sus monografías históricas, en los más mínimos detalles de sus prólogos moralizadores y hasta en las apreciaciones políticas de la sociedad romana.

Hermoso libro éste de Michel Rambaud, al que con gusto, en vez de estas sencillas notas, hubiéramos dedicado un largo comentario.

El pequeño reparo que nos ha salido al paso en todas sus páginas es insignificante, pero hemos de constatarlo a fuer de sinceros. Nos extraña grandemente la irregularidad del autor en las citas marginales, sobre todo al referirse a las obras de los clásicos. Pero esto no supone nada en una obra de tanto acierto.

J. G.

MARTIN VAN DEN BRUWAENE, *La Société romaine, les origines et la formation*. Les éditions universitaires, Bruxelles - París 1954. pp. 336 incluida la *Table analytique*, además con *Index des termes grecs*. *Table des illustrations* y *Table de matières*.

Es un libro cuya misma presentación previene en su favor, y aun causa mayor placer e interés al filólogo hojearlo con atención, contemplar sus selectos grabados de arqueología romana y examinar las cuestiones de historia y sociedad romanas que va revisando con intenciones críticas, a la vez que con moderada extensión sin divagaciones pesadamente eruditas.

El objetivo de la obra lo declara el A. en la «Préface». «No escribí esta obra con entusiasmo», dice. Y efectivamente, se advierte en el estilo sobriedad de adornos literarios, pero en cambio está pleno de entusiasmo científico-histórico por la novedad y vida que da a los problemas vitales de la antigua Roma.

El volumen que reseñamos no es más que la Primera Parte, con epígrafe limitado a los Orígenes y formación de Roma, que llega hasta el círculo de Escipión Emiliano, fines del siglo II a. C. Un segundo volumen se referirá a la época de Cicerón, o época mediterránea de la sociedad romana.

En los nueve capítulos que abarca la materia del volumen I va desglosando y analizando los problemas capitales para el conocimiento de la historia interna de la sociedad romana. El más extenso — pp. 15-75 — y a mi juicio el más original y avanzado en novedades, es el cap. I, *La Religión Romana*. Señalamos como teorías más neohistóricas la interpretación del origen de las *Vestales* como cautivas o hieródulas, relacionándolas con el culto fálico. El origen de la palabra *pontifices*, que considera y trata de probar como proveniente de *fonti-pex*, en virtud de una metátesis, a base de una explicación del augur Q. Mucius Scaevola y de una inscripción en bronce de Gubio. La alegación de estos textos no es desacertada, pero lo que queda sin explicación científica es el cambio fonético a distancia y en distinta palabra.

Novedad de interpretación muy fundada ofrece la que da de *Di novensides et di indigetes*, considerándolos no como términos opuestos según lo comúnmente admitido siguiendo a Wissova, sino como dos nombres de dioses antiguos, que resumen los formulados en letanía anterior.

En extremo sugestivo es el cap. II con la interpretación sobre todo de *Romulus* y la *figus ruminalis* junto a la leyenda de la loba lactante, apoyada la teoría en un bajorrelieve de Arezzo.

Al tema de los Etruscos en Roma y su organización influyentes en aquélla le concede importancia y extensión debidas.

En el cap. IX y último se estudian las ingerencias griegas en las tendencias humanizantes del círculo de Escipión Emiliano, prevaleciendo la de Panecio sobre la de Polibio con acertado criterio.

Toda la exposición va ilustrada con amplio aparato de fuentes y bibliográfico al principio de cada capítulo, y al pie de página, que documentan las afirmaciones del autor.

De la revisión de este libro se deduce evidentemente que es una obra de gran

interés para el historiador y filólogo clásico por sus progresivas novedades, aunque algunas signifiquen una posición crítica personal; pero capaces, como quiere el A., de esclarecer el origen de una Roma independiente de legendaria colonia troyana y suscitar posteriores investigaciones para la precisión histórica de los temas propuestos.

Los profesores de filología latina deben conocer estas teorías y apreciar el valor del libro y los méritos eurísticos de su Autor.

J. CAMPOS, S. P.

FRANCESCO CORSARO, *Elpidio Rustico*. Centro di Studi Cristiani «Paolo Ubal-di». Università di Catania, 1955, pp. 188.

En la Universidad de Catania empieza a dar fruto una modalidad de la Filología latina en su fase cristiana premedieval, y una muestra de su vitalidad es el presente libro que reseñamos. Nos congratulamos de los nobles propósitos de los colaboradores de esta *Raccolta di Studi di Letteratura cristiana antica*, que intenta investigar las fuentes de la literatura cristiana, para documentar su entronque con la literatura clásica. Pero añadimos que se impone también conocer a la vez la dimensión de su fondo ideológico y el espíritu que le anima, tan dispar de sus modelos literarios, para captar el reflejo e influjo de su savia en las formas heredadas.

No es extenso el volumen, pero en sus páginas de claros y anchos tipos estudia críticamente los problemas biográficos del poeta Elpidio Rustico y los valores de sus dos poemas a lo largo de siete capítulos.

En el cap. I, *La vita*, apura las escasas fuentes conocidas y revisa la poca bibliografía sobre el poeta para convencerse de su origen y temperamento griegos.

El análisis en todas direcciones de la obra poética lo introduce desde el capítulo II, observando rasgos reveladores del espíritu del poeta, y recorriendo los temas que tratan el *Carmen de Christi Iesu Beneficiis* y los *Tristica*.

Discute en el III la posibilidad de que el poeta se haya inspirado en un ciclo iconográfico preexistente, y las fuentes literarias de que dependen los *Tristica*, disintiendo de la opinión común de que Prudencio sea la principal, decidiéndose en cambio por C. Sedulio, como *maestro e autore* de Elpidio, reconociendo asimismo la dependencia, que es indudable, del Antiguo y Nuevo Testamento. Registra *ad probandum* los pasajes en que se reconocen la conexión de esas tres fuentes.

Las del *Carmen* se examinan en el c. IV, descubriendo en el poema rasgos e inspiración de Avito, Mario Victor, Boecio, Paulino, Draconcio, Juvenco entre los cristianos y de Virgilio entre los clásicos.

A la lengua, métrica y retórica de los poemas de Elpidio están dedicados los caps. V, VI y VII con detalle y precisión, recogiendo en larga serie los casos más peculiares bajo esos conceptos filológicos, y resumiéndolos en cuadros estadísticos comparativos.

Cree en consecuencia el A. que no fué Elpidio Rustico un gran poeta; le faltó fantasía y, sobre todo, el uso de la lengua viva del latín vulgar.

A los precedentes capítulos de estudio, sigue el texto de ambos poemas con aparato crítico al pie de página y la traducción italiana en prosa. Termina el libro con un *Glosario* muy útil, clasificado por categorías gramaticales de palabras.

El autor del estudio, Corsaro y el Director de la «Raccolta», Rapisarda, han renovado con esta rama de filología latina cristiana una interesante y olvidada época literaria, y deseamos que activos colaboradores y discípulos sigan la orientación y ejemplo de estos maestros *merito benemerentes laudes*.

J. CAMPOS S. P.

III.—TEXTOS DE ENSEÑANZA

ROSSET CHARLES. *Exercices Latins*.—Classe de Sixième. Les édition de l' école. 11, rue de Sèvres, París. Págs. 213.

Varias veces hemos tenido el gusto de reseñar, en estas páginas, libros del profesor ROSSET. Todos se distinguen por la sencillez del método y la claridad de su presentación. Este que ahora reseñamos es una colección escogida de 12 ejercicios de análisis gramatical (francés o latín), 26 temas de traducción del latín y 32 para composición en latín. Las ayudas son numerosas, pero discretas. Muy original es el método para los temas de composición, en los cuales, a dos columnas, pone el texto francés y el vocabulario preciso de los términos nuevos. Acaba con unos índices muy claros de vocabulario y materias. Las narraciones están ilustradas con grabados a colores. Los tipos son variados. La encuadernación es muy sólida.

Libros así son los que necesitamos para nuestros Seminarios y Colegios. ¿Qué diferencia entre estos libros del profesor ROSSET, por ejemplo, y nuestras antologías a base de los *difficiles* Eutropio y Nepote, sin variedad, sin dosificación, sin grabados vistosos, sin cuentecillos! Una edición escolar esmerada es una obra de larga preparación, y pide mucho tiempo para la selección y distribución de la materia. No basta «coger a los clásicos». Es necesario prepararlos, graduarlos, y, al principio, *modificarlos*. En la composición latina, es muy difícil atinar con la gradual progresión de los ejercicios, como aquí lo hace el autor.

Ante antologías con ejercicios de frases (ésta abunda en ellas), siempre se nos ocurre un reparo: y es que nos parecen preferibles, incluso para prácticas de 1.º año, los trozos seguidos (aunque estén compuestos de expresiones cortas) pero con su sentido cada uno, facilitado por un título sugestivo, un grabado llamativo y hasta con un resumen del cuento, en español, por encabezamiento. O bien, mezclado, como hemos visto en algunas antologías: se narra el cuento, y de cuando en cuando se intercala en latín lo que parezca oportuno, siguiendo la narración. Es importantísimo escoger asuntos interesantes e infantiles. Las frases sueltas son muchas veces ininteligibles, y casi siempre inexpresivas y tontas.

Mientras hacemos esta reseña, nos llega una antología, recién impresa en Bilbao, para 1.º y 2.º año. Abierta al azar, leemos: *Maria est in Hispania, Cathari-*

na est in Italia. Indudablemente que esto es fácil; pero es tan tonto que no puede animar a ningún niño a seguir adelante «a ver qué pasa». Además, el método por frases es mucho más espinoso y duro, para el alumno, que el de trozos, por faltar sentido al conjunto. El método de trozos no sólo despierta el interés, que no es poco, sino facilita luego un cuestionario de preguntas sobre lo leído, cuya respuesta latina oral creemos constituye el *único modo racional de aprender vocabulario*, que, en el aprendizaje de las lenguas, lo es todo.

E. GANCEDO IBARRONDO

VI.—HISTORIA Y GEOGRAFÍA

CIRAC ESTOPAÑAN, SEBASTIAN, *Bizancio y España. La unión, Manuel II Paleólogo y sus recuerdos en España*. Universidad de Barcelona; Secretaría de Publicaciones; 1952. 130 páginas y 11 láminas (24 x 17).

La simple ojeada al índice de la presente monografía nos hace ver su interés para los estudiosos de los tesoros bizantinos de nuestra patria y para los bizantinistas en general. Comprende dos partes: una histórico-literaria, y otra diplomático-filológica. En la primera, como introducción, se expone sucintamente el origen y el desarrollo del cisma de Oriente, para la mejor comprensión de la personalidad y actividades del emperador Manuel II Paleólogo, su viaje a Occidente, sus embajadas, sus documentos y reliquias conservados en España.

La segunda parte comprende, en primer lugar, una introducción sobre la Diplomática bizantina y los documentos expedidos por la Cancillería imperial, para hacer comprensible a los lectores el valor de los crisóbulos de Pamplona y Mallorca, y las cartas del emperador Manuel II Paleólogo y de su Cancillería enviadas a los reyes D. Martín y D. Fernando I de Aragón, que se conservan en el Archivo de la Corona de Aragón, de Barcelona; crisóbulos y cartas que se estudian exhaustivamente.

Toda la monografía es una contribución de primera mano para la valoración e ilustración de la tremenda crisis del Cisma de Occidente y de las relaciones del emperador Manuel II Paleólogo con España, en tal coyuntura.

Cierra la monografía un Registro de personas, lugares, palabras y cosas notables, que facilita el manejo de la obra.

ANTONIO VIVES COLL.

V.—VARIA

BLAISE, ALBERT, *Dictionnaire Latin-Français des Auteurs Chrétiens*. Revue spécialement pour le vocabulaire théologique par *Henri Chirat*, Strasbourg 1954, pp. 868, tamaño 27 x 20.

El diccionario de Blaise marcará época en los dominios de la lexicografía latina. Su autor, que viene dedicando al estudio del latín cristiano muchos años de afanosa y paciente labor, presenta ahora al público —fruto sazonado de sus desvelos— primero un manual del latín cristiano y luego este diccionario, capaz por sí sólo de honrar la vida toda de un hombre.

El plan de la obra es sencillo, como suele ser el de esta clase de publicaciones. Comienza con un prólogo sobre la naturaleza y características del diccionario (pp. 7-8); viene luego la lista de autores y de obras consultadas, que pasa de varios centenares (pp. 9-29); a continuación, las siglas y normas ortográficas seguidas por el autor (pp. 29-32); y en seguida, en páginas de doble columna, el índice alfabético de palabras con sus varios significados a través de los diferentes autores, desde Tertuliano hasta los escritores del final de la época merovingia (pp. 33-866).

Deliberadamente se excluyen las voces clásicas, para las que existen ya excelentes léxicos de consulta. Sólo se incorporan a este diccionario cuando dichas voces clásicas han sufrido a lo largo de los autores cristianos, alguna desviación semántica o un cambio de giro o de construcción bajo la influencia de formas griegas, hebreas, del latín vulgar o de las lenguas vernáculas. Se ha renunciado también a la onomástica, ya que no suele ofrecer dificultad mayor. De esta suerte se evita el recargar demasiado la mole, no reducida por cierto, del diccionario.

El trabajo está realizado con escrupulosa diligencia, a base de citas breves, pero seguras y con las referencias exactas, a juzgar por algunas comprobaciones que he tomado la molestia de verificar. La presentación es también excelente, tanto en la parte tipográfica (elección y variedad de tipos, cuidado de la impresión, etc.) como en la del formato y distribución de columnas. Hubiera convenido un papel de más cuerpo y una encuadernación más sólida, por tratarse de un libro de frecuente manejo.

El título de «latín de autores cristianos» aplicado al diccionario, lo encontramos acertado y conforme con las orientaciones que la escuela de Nimega propugna, prefiriendo la denominación de «latín cristiano» al de «latín eclesiástico», por cuanto éste se refiere más bien a los tecnicismos latinos de la doctrina de la Iglesia.

La revisión llevada a cabo por H. Chirat, Profesor de la Facultad de Teología católica de Estrasburgo, garantiza el vocabulario específicamente teológico, que para los no peritos en la materia suele resultar un escollo difícil de sortear con fortuna.

A pesar de todo lo dicho, el presente diccionario —como toda obra humana— es susceptible, de mayor riqueza de vocablos y de una mayor perfección en matizar los diferentes significados y en completarlos con brevísimas notas aclaratorias, de los diferentes cambios semánticos sufridos por las palabras en la sucesión de los años. Es éste, claro está, un trabajo de gran envergadura; pero creo que repasando las publicaciones de los cien últimos años se hallarán estudios muy aprovechables, sobre el desarrollo semántico de muchas de las palabras del diccionario. Así, por ejemplo, recientemente ha publicado en «Atti della Accademia Nazionale dei Lincei» (año CCCLII, vol. X, fasc. 3-4. Roma, 1955) Antonino Pagliaro, un trabajo documentado y extenso sobre el origen y evolución de la palabra «missa», que ofrece gran interés. Así mismo la lectura detenida de varios de los escritores cristianos españoles, no incluidos en el elenco de autores consultados, tales como S. Braulio de Zaragoza, S. Ildefonso de Toledo, y otros, seguramente aportaría nuevos datos a este diccionario que está llamado a prestar buenos servicios, no sólo a latinistas y medievalistas, sino también a los mismos teólogos y cultivadores de la Patrística.

J. JIMENEZ DELGADO, C. M. F.

AMBRUZZI, LUCIO, *Nuevo Diccionario Español-Italiano e Italiano-Español*. Tercera edición. G. B. Paravia; Turín (Italia), 1955. Vol. I Español-Italiano en 8.º, págs. XVI-1110, Liras 3.500. Vol. II Italiano-Español, en 8.º págs. XVI-1312, Liras 4.000.

El veterano y benemérito Diccionario del gran hispanista Lucio Ambruzzi se presenta en esta tercera edición considerablemente ampliado y revisado teniendo en cuenta las Nuevas Normas de Prosodia y Ortografía promulgadas por la Real Academia Española (Madrid, 1952). Se basa naturalmente, para la parte española, (Vol. I) en el Diccionario de la Academia, pero, con gran acierto, da cabida también a neologismos, americanismos, regionalismos y tecnicismos, nombres propios, mitológicos, históricos y geográficos, que lo convierten en el diccionario más completo de cuantos conocemos en el campo de la Lexicografía italo-española. Su utilidad y practicidad se advierte, apenas se le empieza a manejar. El español del Profesor Ambruzzi es un español completo y que abarca el ancho campo de esta lengua en la extensión geográfica y en la Literatura, incluida la picaresca y la dramática, tan saturada de ambiente popular.

Damos la más cordial bienvenida a esta tercera edición, que en mayor medida aun que las anteriores contribuirá al mutuo conocimiento de dos lenguas y culturas hermanas. Lo recomendamos a nuestros lectores: no es uno de tantos manuales de finalidad comercial, sino un diccionario fruto de paciente y sabio trabajo y de una vida consagrada a la enseñanza de nuestra lengua.

MANUEL DIAZ LEDO, S. D. B.

MARCO FIDEL SUAREZ, *Sueños de Luciano del Pulgar*. Biblioteca de autores colombianos. Ministerio de Educación Nacional. Ediciones de la revista BOLIVAR; 12 Tomos, Bogotá, 1954.

Colombia es —en América— el centro del Parnaso y del Humanismo. Es el suyo un parnasianismo justo, calcado sobre el detalle y sobre esa que bien pudiéramos llamar «dialéctica gramatical greco-romana». Buen entronque, más aún, buen preámbulo racial para adentrarse de lleno en la contemplación y en el equilibrio del humanismo, de ese humanismo colombiano, que si en R. Caro es señorío de lengua y de espíritu, en Carrasquilla es sazónada posición crítica ante la vida como estación de optimismo o ante la vida como mercado de psicologías, caras unas y baratas las otras.

Marco Fidel Suárez es un resumen de todo esto. Y esta es la razón de haberse constituido a través de sus obras en «prototipo nacional». Su carrera parnasiana se inicia con el comentario a la gramática de Bello. Se ha dicho que «comentar es crear». Pero vamos a tener que redondear la frase, porque a D. Ramiro de Maeztu le gustó siempre cerrar estas puertas con traba de oro: «El que comenta una gramática, crea una estilística». Y Marco Fidel Suárez la tiene.

Su humanismo abarca los dos capítulos clásicos en dos obras imperecederas: El humanismo «teocéntrico» volcado en la «Oración a Jesucristo». Y el otro humanismo de corte «antrocéntrico» volcado en los doce tomos de sus *Sueños de Luciano Pulgar*.

La primera de estas dos obras —Oración a Jesucristo— es una especie de interpretación histórica de Cristo y de su religión. «Interpretación», en el sentido de vivencia. E «histórica» no según los cánones relativistas que impuso el historicismo religioso de Dilthey, sino *interpretación histórica* desde ese sano realismo, o si queremos concretismo, no exento de las obras de los grandes comentaristas católico-cristológicos.

Hoy presentamos *Los Sueños de Luciano de Pulgar*. Esta obra se debe inicialmente a afanes apologéticos. Nos lo dice el eminente Rafael Maya en frase bien cortada: «Así como ciertos árboles deben ser literalmente heridos para que dejen fluir la resina aromática, de esta manera fué preciso que el señor Suárez se sintiera humillado u ofendido para que dejase correr la vena de su ingenio y las fuentes de su erudición a lo largo de aquellas páginas que son su testamento espiritual y el resumen de su inmensa sabiduría». Y es precisamente este sentido apologético el que justifica plenamente y ya desde el principio ese tono —a veces un poco agrio— en el que el autor se desenvuelve. En esto, hermana su obra con la de nuestro Feijóo: con la obra de aquel benedictino lleno de verdad en líneas llenas de protesta, de crítica y hasta de ironía. Decimos «en esto», porque en toda comparación hay que salvar siempre la diferencia. Mientras Feijóo inicia un amplio período de revolución universal, Fidel Suárez es en sus *Sueños* el defensor de la tradición; de la tradición, no en cuanto «atavismo», sino en cuanto definidora de la vida y de la verdad.

Respiramos en estos 12 tomos un fresco ambiente de Filosofía de la Historia. Filosofía de la historia decimos, pero en el sentido objetivo que hoy día va

tomando la expresión: de la historia, no en cuanto estratificación de hechos, sino de la historia en cuanto posición vital. Y es que a Marco Fidel Suárez no se le escapa ninguna de esas corrientes subterráneas que explican y dan razón de la lógica histórica.

La temática, la pudieramos dividir en dos grandes secciones. La primera viene dada, por personas y acontecimientos que le obligan a una tarea de reivindicación. A veces, se trata de «minuetos» de un justo diletantismo crítico-histórico. Por ejemplo, el «Sueño de Gil Blas». Aquí, la historia y la observación se acercan muy mucho a las disquisiciones cervantinas. O como se ha hecho notar, es una evocación de esas «compañías» de vida picaresca de las que sabía rodearse nuestro buen Don Manuel, aquel Arcipreste de Hita. En la segunda sección Fidel Suárez habla para los hombres y de los hombres, afincando sus observaciones —que no son ya como antes acopios de erudición, sino intuiciones psicológicas— en la plantilla firme que le brinda la experiencia y el conocimiento que del mismo hombre tiene el autor. En la primera sección habíamos asistido a una interpretación humanística de la historia y de sus cosas. En la segunda, asistimos a una interpretación del hombre y de sus reacciones psicológicas.

Volvemos de nuevo a poner en contacto los *Sueños de Luciano del Pulgar* con el *Teatro Crítico Universal* de Feijóo dejando bien determinada y establecida la nota diferencial.

Una de esas obras, alianza de filosofía, historia y poesía. Obra, texto de estudio y de meditación de toda la humanidad.

P. ANGEL MARTIN SARMIENTO, C. M. F.

MAYA, RAFAEL. *Estampas de ayer y retratos de hoy*. Biblioteca de Autores Colombianos. Ministerio de Educación Nacional. Ediciones de la revista *Bolívar*. Editorial Santafé. Págs. 450.

MAYA, RAFAEL. *La Musa romántica en Colombia*. Antología poética. Selección, prólogo y notas. De la misma Biblioteca de Autores Colombianos. Págs. 538.

JARAMILLO, G. GABRIEL. *Estudios históricos*. De la misma Biblioteca de Autores Colombianos. Págs. 538.

El Ministerio de Educación Nacional de Colombia se ha hecho Mecenas de unas ediciones populares, y bien hechas, de las glorias literarias patrias.

El ilustre escritor colombiano D. Rafael Maya, Director de la revista *Bolívar*, nos presenta, en el primero de los libros dichos, una recopilación de estudios literarios sobre las principales figuras de las letras en Colombia, desde el siglo XVI hasta nuestros días. Maya procede más como crítico que como historiador. Es parco en datos biográficos. Al hojearlo, topamos en seguida con figuras señeras, como aquel Fray Alonso de Zamora, una especie de Padre Flórez en las Indias, literato y teólogo del XVII, quien, con paciencia benedictina, historió la labor de la Iglesia en la conquista y civilización de América. No podía ocultarnos el autor

un canto fervoroso a los grandes poetas colombianos José E. Caro, Gómez Restrepo, Pombo y Casas. Los dos últimos estudios son muy interesantes: en uno analiza la influencia de Francia en la literatura colombiana; al otro lo titula «La lección de Salamanca», que fué el discurso pronunciado en la sesión de clausura del Congreso de Universidades Hispánicas, celebrado en Octubre de 1953 en Salamanca con ocasión del VII Centenario de nuestra Universidad.

El segundo libro que nos ofrece Maya, es una antología de nueve poetas románticos de Colombia, a quienes considera el autor como los genuinos representantes allí de esa escuela. Son: José J. Ortiz, José E. Caro, Julio Arboleda, Rafael Núñez, Gregorio Gutiérrez, Rafael Pombo, Diego Fallón, Jorge Isaacs y Julio Flórez. De ellos el mejor poeta es sin duda Rafael Pombo.

El tercer libro de Gabriel G. Jaramillo, Director de Cultura Popular y Extensión Artística de Colombia, es una deliciosa antología de «estudios históricos» sobre personajes, costumbres o hechos necesitados de un más claro enfoque, o simplemente dignos de ser sacados a luz, como el titulado: *Cómo se divertían nuestros abuelos*. Agrada el criterio moderno que tiene de historiar el autor: además de un escrupuloso estudio de las fuentes, valora, al calificar a una época, los datos menudos de la vida cotidiana, documentalmente probados. Indudablemente que ellos nos dan la mejor historia, con preferencia a los documentos diplomáticos de las Cancillerías. Así las cartas de Cicerón son el mejor documento para conocer su siglo. Deseamos que el Sr. Jaramillo no abandone esas búsquedas curiosas, que algún día darán luz a la historia de los Virreinos americanos.

E. GANCEDO IBARRONDO.

PIERRE FLOTTES, *Leconte de Lisle, l'homme et l'oeuvre*. Collection «Connaissance des Lettres». París 1954, Hatier-Boivin. 160 páginas (16,5 x 11 cms.).

En estilo conciso y con una información escrupulosa, Pierre Flottes, Profesor de la Universidad de Burdeos, presenta una interpretación original sobre Leconte de Lisle, literato sobre el cual se han emitido los más contradictorios juicios. El autor pretende, y lo logra plenamente, que, al llegar al final del libro, el lector pueda juzgar por sí mismo.

Leconte de Lisle sintió la atracción y fascinación de la historia y cultura del mundo clásico, greco-latino e indio, que reflejó en muchas de sus obras; y tradujo al francés *la Iliada*, *los Idilios de Teócrito*, *los Himnos Orficos*, *los Trágicos Griegos*, *Horacio*..., contribuyendo eficazmente a su conocimiento entre personas no capacitadas para gustar dichas obras en su lengua original. (Conocemos en español retraduccioncs de estas obras...). Pero, por falta de base científica, la producción de Leconte de Lisle interesa poco al filólogo clásico: su Grecia y su India son países de ensueño, no reflejo de la realidad aprehendida en estudios metódicos o en el conocimiento ocular del lugar. «L'archéologie n'est chez lui qu'un expédient de la sensibilité» (40). No obstante, la interpretación de Leconte de Lisle por Pierre Flottes, será leída con interés y provecho por todo

aficionado a las buenas letras, pues difícilmente será superada en profundidad y acopio de datos, sobria y sabiamente presentados.

MANUEL DIAZ LEDO, S. D. B.

JIMENEZ DELGADO, C. M. F. *La traducción latina*. Páginas de la Revista de Educación, 17.-Madrid, 1955.

El laborioso P. Jiménez leyó en el Cursillo de «Metodología del Latín y del Griego en la Enseñanza Media» organizado por la Universidad Internacional «Menéndez Pelayo» de Santander del 8-10 de agosto de 1954, una ponencia sobre «La traducción latina».

«Hablaré primero —dice el autor— de la traducción latina en un sentido lato, haciendo resaltar por una parte la utilidad y por otra la complicada dificultad de este ejercicio, sobre todo cuando esta tarea se acomete con miras e intención preferentemente literarias. Luego me ocuparé de la técnica de la traducción propiamente dicha. Finalmente expondré la necesidad y el mecanismo de la versión latina» (pág. 6).

Esta conferencia es la que ha merecido figurar en la Colección *Páginas de la Revista de Educación*. Tres partes tiene: la traducción en general, la traducción propiamente dicha y la versión latina. Los tres temas los aborda el P. Jiménez con un dominio absoluto del asunto, con una riqueza de citas y ejemplos altamente luminosos, con una dicción plegada y fácil, animada y viva. Creemos que a profesores y alumnos ha de ser muy útil su lectura.

ENRIQUE BASABE, S. J.

MOELLER, CHARLES, Traducción de Valentín García Yebra: *Literatura del siglo XX y Cristianismo*. Volumen I, *El silencio de Dios*. Editorial Gredos. Madrid, 1955. Págs. 557. Rústica, 94 ptas.

Charles Moeller es un sacerdote belga, Profesor de la Universidad de Lovaina. La obra que aquí reseñamos constará de seis tomos, ya planeados por su autor, que se editarán durante los tres años próximos. (Cada volumen formará unidad independiente). Este tomo I, que la benemérita Editorial Gredos nos presenta traducido, está tomado de la 3.^a edición francesa (tres ediciones en dos años). Del tomo II también se ha hecho en francés la 3.^a edición. A los dos volúmenes conjuntamente les ha sido otorgado el Premio «Vossaert» de la Academia Belga de Literatura. El conjunto de los seis tomos, nos dice García Yebra, constituirá un verdadero monumento de la literatura europea contemporánea, cuyo valor puede ya apreciarse por lo publicado hasta ahora. Moeller ha calado hasta lo más hondo en el pensamiento de los autores que estudia.

El mismo autor nos dice su propósito (pág. 32): *La teología tiene mala prensa, frecuentemente por culpa de los teólogos. Sin embargo, a mí me parece ha-cedero encarnar algunas verdades cristianas esenciales con la ayuda de las*

obras literarias contemporáneas. Los autores escogidos para este tomo I son: Albert Camus, André Gide, Aldous Huxley, Simone Weil, Graham Green, Julien Green y Georges Bernanos.

A los dos primeros los incluye el autor en el grupo que denomina: *Los hijos de la tierra*, denominación tomada del mismo Gide, que dijo: *Sigo siendo hijo de esta tierra*. Se trata en efecto de dos escritores de un ateísmo y materialismo totales. Gide (Premio Nobel de Literatura 1947) es un caso patológico de perversión sexual (como él mismo manifiesta a Paul Claudel, pág. 159). Su desequilibrio nervioso es patente. Tuvo, hasta su madurez, algún arrebató místico, y en varias ocasiones estuvo a punto de convertirse. Achacó el no haberlo realizado a pequeñas inconsecuencias que veía en los católicos. Le faltó el «surgam et ibo ad patrem» del hijo pródigo. Por eso lo apellida Moeller «el hijo pródigo que no volvió a la casa paterna». En vísperas de su muerte (murió cumplidos los 80 años), Gide se adhirió a un ateísmo sereno. Su muerte aparentemente plácida hace pensar, por oposición, en la muerte convulsiva de los protagonistas de las obras de Bernanos. Las obras completas de Gide están en el Índice.

Albert Camus tiene un ateísmo puro. Ni siquiera se ha planteado el problema. Es el portavoz de la generación que vive fuera de la Gracia, y busca sólo el goce. No parte del principio de que la religión cristiana sea ilusoria, sino, dice él: «Nunca entré en ella, eso es todo». Su religión es un racionalismo sensualista a ultranza.

En el segundo grupo junta Moeller a Huxley y a Weil bajo el epígrafe de esta bella metáfora: *Los aeronautas sin cargamento*. Estos dos, en efecto, se elevan sobre el plano en que Gide y Camus pretenden mantenerse; pero sin peso de doctrina. Huxley, espíritu mordaz que no pierde ocasión de asestar sus zarpazos al Catolicismo, pretende fundar una nueva religión a base de un eclecticismo con marcada preferencia por el misticismo de las religiones brahmánicas y budistas. Ignora al Dios personal, creador y santificador. Reduce a mito la encarnación del Hijo de Dios.

El otro escritor, Weil, es una señorita fallecida en 1943 a los 34 años de edad. Por la cita que García Yebra trae de las traducciones, parece que ninguna de las obras de esta señorita ha sido traducida al español. Leyendo la síntesis aquí expuesta de su vida, se saca en conclusión que era una enferma mental en grado muy avanzado. No caben juntas contradicciones más opuestas: enteramente franciscana y mística, y a la vez blasfema, sensual y maldiciente del hombre y de la vida. Y lo asombroso es que ella creyó obrar siempre de acuerdo con su conciencia. Por eso dice Moeller: *El sistema de Simone Weil es una de las más tremendas contra-pruebas que conozco de la necesidad de una Iglesia con autoridad docente*. Weil consumió su vida en bien del prójimo, del pobre que vive en el suburbio. Su persona valió más que su doctrina. Weil dió a los luego «sacerdotes obreros» un ejemplo magnífico. «Los santos van al infierno» tituló Gilbert Cesbron su popular novela. Weil fué, antes que ellos, la genuina «santa» que llegó allí, pero sin fe: una auténtica «aeronauta de lo espiritual, pero sin cargamento».

En la tercera parte se incluyen los tres restantes bajo el apígrafe: *Los hijos*

de la tierra y el cielo. Graham Green y Bernanos son muy conocidos en España por la difusión de sus obras. Los dos Green son conversos: Graham en 1927 y Julien en 1939. El mensaje de Graham está expuesto en su novela «El poder y la gloria», y es que en el sacerdote católico, aún pecador, están «el poder y la gloria» de Dios en los Sacramentos, que de su voluntad dependen, porque Dios está tan entregado a nosotros que acepta que «su poder y su gloria» sean así humillados, y hasta tolera ser escarnecido estando oculto en la debilidad de estos mismos Sacramentos. Por esto Moeller llama a G. Green «mártir de la esperanza». ¿Quién desesperará de un Dios tan enflaquecido de amor?

La obra de Julien Green, nos dice Moeller, nos interesa porque su itinerario se cruza en parte con el de Huxley y el de Weil. Su vida cristiana da testimonio del combate espiritual que Gide conoció. En medio de esta lucha Green triunfa. Su obra principal es su *Journal* (1918-1950). Se diría que J. Green viene a relevar a Gide, recogiendo la antorcha que éste dejó caer. Green juega limpio, es humilde.

A Bernanos lo llama Moeller «el profeta de la alegría». Bernanos nos transporta a lo eterno, nos fuerza a ver el juego de nuestra vida, diciéndonos que, en ella, las dichas son terrestres frecuentemente, pero las desdichas son siempre sobrenaturales (confesará aquí el lector que pocas veces habrá leído un pensamiento tan veraz y consolador). En nuestros tiempos de violencia y mentira, Bernanos nos presenta la respuesta de la fe al «silencio de Dios». Esta expresión gráfica, que recuerda el sueño de N. S. Jesucristo sobre la barca (S. Lucas 8, 23), sirve de lema a Moeller para calificar el clima espiritual de nuestro tiempo, que tiene por portavoces a escritores del tipo de los siete aquí descritos.

No conocemos el original de Moeller; pero podemos decir que la traducción de García Yebra, precisa y diáfana, se lee como la más apasionante de las biografías. Esa es la impresión que deja: la de que hemos leído la biografía del mundo actual. Eso somos. A propósito de los que, en este mundo, están fuera y dentro de la Iglesia, Moeller nos da unas soberanas lecciones de teología un tanto difíciles. No se vaya a creer que Moeller se ciñe a hacer apologética al uso, ni menos a sacar «moralejas». Nada de eso. Distingue, separa y admite inteligentemente, sin prejuicios, como quien sienta cátedra imparcial, que así es precisamente la cátedra de la verdad. Nos habría gustado que el autor hubiera dado cabida, en esta obra, a algún escritor español e italiano cuya sombras nos persiguen al leer estas páginas. Ellos también han llevado a cuestras sus preocupaciones religiosas con mayor o menor tragedia, y han echado oficiosamente su cuarto a espadas en teología. A ellos también nos gustaría verles las «tripas». ¡Y qué manos tan expertas las de Vd., Mr. Moeller, para enseñárnoslas y mostrarnos los tejidos sanos y los enfermos! A Unamuno al menos lo querríamos haber visto en este volumen: habría cabido muy bien al lado de Huxley, por ejemplo. Algunas de las citas que trae este libro (v. gr. la de Weil en la pág. 345) nos suena a cosa conocida, a primoroso e intranscendente ensayo orteguiano: el mismo juego bello de conceptos equívocos, la misma certera puntería para la caza de la metáfora, las mismas barbaridades teológicas y hasta idéntico gusto por el vocablo griego para iluminar una etimología interesante. Es natural que así sea.

Para el clima no hay Pirineos. También al leer la muerte plácida de Gide, sin mayor pesadumbre por el salto a la otra orilla, nos hemos acordado de la última enfermedad de Ortega y Gasset: serenidad, conversación amena hasta los últimos días, chispa y gracia para dialogar con sus médicos sobre la etimología de la palabra «hígado»... todo como un «visto bueno» de conformidad y satisfacción puesto a una vida públicamente atea.

Es verdad, Mr. Moeller, que, ante estos ejemplos, ¿cómo vamos a hablar, desde el púlpito, de la «terrible agonía» de los que mueren sin fe? Espanta pensar que, a las puertas de la muerte, sea Dios mismo quien de intento ponga en la boca de estos hombres, como por burla, el caramelo de una postrer frase ingeniosa en sustitución al Credo de los ajusticiados. Nuestra torpeza no nos deja ver más allá de nuestras narices. Pero, para que miremos estas cosas desde otro ángulo, ha puesto Vd. muy acertadamente por cabecera de su libro aquella cita de Isaías, que da la clave para interpretar este «silencio» y quizá estas burlas de Dios: «Mis caminos no son vuestros caminos, dice el Señor». Y menos mal si, como en el caso de Ortega, un último viraje hace converger esos caminos, acercando el hombre sus labios al crucifijo y muriendo cristianamente. Entonces cabe darlo todo por bueno. (¡Quién le iba a decir a Ortega, hace treinta años, que había de tener una realización tan insospechada como misericordiosa aquel su despreocupado grito marinero: «Dios a la vista»!).

EDUARDO GANCEDO, S. D. B.

Nihil obstat:

DR. LAURENTIUS TURRADO, Canon.

In Pontif. Univ. Salm. Magister.

Imprimatur:

† FR. FRANCISCUS BARBADO, O. P.

Episcopus Salmantinus.